

INSULARISMO Y EL INGRESO A LA MODERNIDAD

Bien podemos afirmar que a partir de la década del 70 muchos estudiosos de la cultura puertorriqueña no se mostrarán ya tan fascinados por el escenario insularista montado por Antonio S. Pedreira en 1934. Ya para los años 70 surgen pensadores que vienen a superar, en gran medida, el poder hipnótico y el tipo de recepción que indudablemente *Insularismo* ejerció desde su aparición en los años 30 hasta los 60. Y si bien ya en los años 70 finaliza lo que fue tal vez la primera función del texto (función dirigida por la modernidad) nos descubrimos ahora en los inicios de un proceso histórico algo diferente, guiado en parte por la llamada mentalidad postmoderna, que somete esta obra a interpretaciones muy distintas a las practicadas incluso en la década del 70. Podemos en la actualidad ya distinguir algo de los cambios paradigmáticos y modos distintos de existir impuestos por la década del 70, por lo que acudimos a nuevas maneras de articular y valorar los textos de la cultura. Se trata de cambios que nos han permitido, ante todo, divisar de una manera más escéptica y distanciada las estructuras internas de las obras, escuchar sus voces menos audibles y más lejanas, rondar por las afueras y márgenes de sus representaciones más salvaguardadas, e irrumpir en sus recintos ideológicos más sagrados y canónicos. Esta nueva postura hermenéutica que ahora asumimos nos permite, además, señalar los cambios y transformaciones estructurales del mundo contemporáneo que han llevado a los analistas de la postmodernidad a nuevos modos de recepción textual. Se destaca así el que presenciemos las representaciones de *Insularismo* desde la estructura formal y profunda de su discurso, no tanto para prestarle atención a sus felices continuidades y alegres enlaces discursivos, sino para enfocar el desgaste, el debilitamiento y la pérdida de autoridad de sus significaciones más preciadas. Antes que ponderar, nos anima el continuar la labor iniciada por los analistas de los años 70: revelar y denunciar las impremeditadas complicidades ideológicas de la obra, así como sus inevitables fisuras y nudos escriturales.

Tal ha sido el proceder analítico que en sus trabajos bien nos han dejado ver, para comenzar, Juan Flores, José Luis González, Arcadio Díaz Quiñones; y últimamente María Elena Rodríguez, Jorge Rodríguez Beruff y Juan Gelpí.¹ Ante los contundentes argumentos de estos analistas, ya reconocidos como paradigmáticos

1. Ha sido Juan Flores, en su libro *Insularismo e ideología burguesa* (Editorial Huracán: Río Piedras, 1979), el más severo crítico de los postulados fundamentales de la obra de Pedreira. Otros dos pensadores que han influenciado notablemente en esas lecturas críticas son Arcadio Díaz Quiñones y José Luis González. De Arcadio véase "Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica en la década del treinta", *Sin Nombre*, Vol. XIV, No. 3, abril-junio, 1984 (págs. 16-35). De González véase también: "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico" en *El país de cuatro pisos*, Río Piedras: Ediciones Huracán, 1980. Uno de los mejores

y exponentes de nuevas lecturas de *Insularismo*, nos vemos entonces animados a continuar diseminando y excediendo las posibles re-lecturas interpretativas de esta obra de Pedreira. La singular gestión que ahora nos ocupa nos exige, ante todo, continuar confrontando los particulares paradigmas de la razón, la ciencia y la estética de la modernidad con que Pedreira se ocupara, con su innegable fuerza interpeladora, de interpretar la realidad cultural puertorriqueña de su tiempo.

Desde esta nueva circunstancia hermenéutica que ahora nos domina, solemos deconstruir un texto que se propone como paradigma de un estadio de la modernidad muy particular en el desarrollo histórico isleño.² Bien podemos decir que la obra se ubica en el umbral mismo del paso de un estadio de la modernidad a otro nivel de carácter más complejo y diverso. Primeramente, y en el aspecto histórico, reconozcamos que el discurso que impone *Insularismo* se propone, por una parte, superar la etapa de la ideología de la burguesía tanto local como ausentista de los latifundios de la caña de azúcar que emergieron a partir de los años de la invasión norteamericana (1898) y que rindieron hasta su crisis en la década del 30. Y, por otra parte, más allá de una crítica a la sociedad de su presente, consideremos que *Insularismo* se ocupa de proponer la singular trayectoria de un proyecto ideológico que permita tomar medidas frente al futuro desarrollo de una nueva sociedad que ya para la época de Pedreira se perfilaba. No podemos decir, sin embargo, que esta nueva proyección social y cultural que se vislumbra en la obra sea precisamente la del populismo del estadoliberalismo muñocista que vino a dominar el ámbito político

estudios sobre la obra de Pedreira es el de Cándida Maldonado de Ortiz, *Antonio S. Pedreira. Vida y obra* (Universidad de Puerto Rico; Editorial Universitaria, 1974), pero la estudiosa no se propone problematizar a Pedreira de la manera en que lo hacen los críticos anteriormente señalados. Jorge Rodríguez Beruff publica "Antonio S. Pedreira, la Universidad y el proyecto populista" en *Revista de Estudios Hispánicos* (Año XIII, 1986, pp. 79-90). De Luis Felipe Díaz es "La metáfora y la metonimia en el discurso y la ideología *Insularismo* de Antonio S. Pedreira", en *Revista del Ateneo Puertorriqueño*, Año II, Núm. 4, enero-abril, 1992, pp. 75-100. Juan Flores publica "Post-Insularismo y cultura popular" en *Revista del Ateneo Puertorriqueño*, Año I, Núm. 2, mayo-agosto 1991, 88-105. De María Elena Rodríguez Castro es la tesis doctoral, "La escritura de lo nacional y los intelectuales puertorriqueños" (Universidad de Princeton, 1988) y de Juan Gelpí es uno de los estudios más deconstructivos de la obra pedreriana: *Literatura y paternalismo en Puerto Rico* (San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1993).

2. No se confunda la modernidad con el movimiento literario rubendariano llamado Modernismo. Por modernidad me refiero a las circunstancias epistémicas que dominan la cultura occidental en su búsqueda del saber, la voluntad (deseo) y el poder desde categorías cartesiano-kantianas. Se trata de los epistemas del racionalismo occidental que llevan a la creación del mundo moderno que, luego de los umbrales del siglo XVII y XVIII, tiene su apoteosis tras la Revolución Industrial de fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Puerto Rico ingresa de una manera más dinámica y problemática en este estadio avanzado de la modernidad precisamente con la invasión norteamericana y con la puesta-en-escena del proyecto ideológico de la economía fundamentada en los latifundios de la caña de azúcar durante las primeras tres décadas del siglo XX. A partir de la década del 30 Puerto Rico ingresa en una nueva fase del desarrollo de una modernidad que lleva a la creación de las estructuras que darán salida al estadoliberalismo. En los inicios de esta segunda fase ubicamos la obra de Pedreira. Sobre el debate teórico de la modernidad véase *The Philosophical Discourse of Modernity* de J. Habermas (Traducción de F. G. Lawrance), MA: MIT Press, 1987. También *La condición postmoderna* (Madrid: Cátedra, 1984) de Jean Françoise Lyotard.

isleño durante las décadas del 40 y el 50. Antes que de las ideologías populistas de las democracias liberales, la obra se nutre más bien de una visión liberal de corte elitista característica de algunos sectores letrados infiltrados en el proceso cultural reformista (y autonomista) de esa época. Importa distinguir de igual manera que, si por un lado, el discurso liberal y autonomista de Pedreira coincide en muchas ocasiones con los posteriores silencios muñocistas ante las implicaciones severas de la intromisión de la cultura norteamericana en Puerto Rico, también, en otras ocasiones, se presenta a tono con la insistente reafirmación de identidad nacional que caracterizó al discurso independentista. Sobre este doble perfil ideológico entendamos que si bien Pedreira fue un elitista hispanófilo con agarres profundos en un liberalismo más de corte ilustrado y europeo (en el sentido orteguiano), también era lo suficientemente pragmático y liberal (como lo exigía el capitalismo de su época) para rechazar el nacionalismo albizuista. Su posición es más bien la de un liberal que relega con cierto disimulo las prácticas de la democracia de tipo norteamericano que interpelaba a las masas, sin que ello implique que se identificara decisivamente con los reclamos del discurso separatista de los albizuistas. Ante estas coyunturas ideológicas cabe preguntarse, pues, ¿qué deseaba Pedreira adoptar de la cultura norteamericana y qué se proponía proseguir y suprimir de la puertorriqueña? Junto al asedio a esta interrogante veremos que en este aspecto es precisamente donde se encuentra mucho de la coyuntura y frontera de deliberación ideológica que confiere a *Insularismo* de sus mayores intermitencias discursivas, y le proporciona sus más ágiles coreografías tropológicas que tanto le han agradado (con poca conciencia de ello) a los críticos anteriores a 1970. Estos deslizamientos tropológicos son los que aquí me propongo analizar.

Insularismo se destaca como gran obra literaria por lo mucho que alcanza proyectar en su carácter de signo estético y referencial. Las singulares ambigüedades de su semiosis la proponen como una obra que provoca varios actos interpretativos, por lo que sus niveles de recepción resultan difíciles de agotar. Uno de esos niveles interpretativos lo podríamos localizar en la vertiente desde la cual la obra se expone como un valor cultural muy paradigmático, y cuya mayor virtud es la de captar el proceso del nuevo estadio de la modernidad en que habría de ingresar la sociedad puertorriqueña para la década del treinta y el 40. Ya desde el título mismo la obra rinde mérito a su ambigüedad y al doble nivel interpretativo de un discurso que, como se acaba de señalar, se ubica en un umbral muy particular de la modernidad. Si por una parte la obra pretende rebasar los límites y fronteras que impone la ínsula (el alcance de lo universal), por otra se dispone a crear una nueva visión isleña e insularizada con la cual se pueda configurar un sujeto muy distintivo que pueda enfrentarse de manera crítica a la nueva modernidad que viene a imponer "la civilización norteamericana". Y se trata de un sujeto muy distintivo por cuanto Pedreira se niega a aceptar muchas de las construcciones culturales que el capitalismo de la época impone sobre los individuos en la sociedad de esa época. Si bien la obra se esmera en recuperar y retener significaciones de un pasado señorial bajo la cultura

española, también se ocupa de rechazar lo que considera los peores males que podría traer la "civilización invasora norteamericana". Mas este rechazo a la civilización norteamericana, como veremos, sólo se da a nivel de la estructura superficial del discurso del autor, pues en la estructura profunda, espacio donde se expresa la voluntad de lo contrario, lo que en realidad encontramos es un deseo de retención de significaciones que comprometen con lo inicialmente rechazado. Mas adelante, al tratar específicamente las metáforas del campo financiero, atenderemos más a fondo este aspecto de las ataduras no tan conscientes de Pedreira con el pragmático mundo de la modernidad. Hasta ahora en los estudios sobre *Insularismo* se ha atendido el aspecto de las ataduras de Pedreira con el pasado cultural español y el supuesto rechazo del mismo a la civilización norteamericana. Esta simple visión del texto, como mostramos en lo que sigue, requiere ser problematizada. Como veremos, en la estructura profunda del texto se descubren vertientes no previstas, que acercan a Pedreira de manera muy peculiar a los paradigmas de una modernidad no tan espiritual, como se suele creer. Pedreira se muestra muy consciente de la importancia del capital en la recuperación de la hacienda nacional.

Ya se ha reconocido en otro trabajo³ cómo el discurso total de la obra aparece dominado primeramente (y a nivel connotativo) por la voz de un capitán cuyo ímpetu hostosiano le ha llevado a cruzar los mares y a buscar la ruta, el norte que habrá de guiar la cultura nacional. Más adelante, al desembarcar, el hablante-capitán de la obra se transforma en una voz hacendada que pasa a contemplar la debilidad del cuerpo nacional y lo inhóspito del territorio patrio, así como el abandono de la hacienda en la cual ya desde el siglo XIX se había comenzado a construir el patriarcado (sujeto) nacional. Luego en el texto, la voz que vendrá a delinear el discurso pedreriano será la de un maestro (el cual, como veremos, funge algunas veces de poeta, otras de médico y en ocasiones de agente de finanzas). Esta voz magisterial, sin abandonar la directriz ideológica que le ha legado el discurso liberal de corte hacendado y señorial del siglo XIX, y asistido por el capitán y luego por el hacendado, se dispone a impartir su cátedra desde la universidad. Mientras que la voz del maestro de finanzas queda oculta en las capas más profundas del texto, sobresale ampliamente la del otro maestro que, siendo a la vez "dilettante" y positivista, afirma a finales del capítulo III: "Para el fomento de la más pura ética, por la naturaleza de nuestro pueblo, el camino más corto es el de la estética" (p. 97)⁴. Adviértase que se trata de una voz en cierto sentido modernista que se ampara en el mito del arte. Según este criterio, implícito en el pensamiento de Pedreira: si el arte puede reconocerse como la mayor expresión de la humanidad, entonces éste

3. Véase trabajo de Luis Felipe Díaz, "La metáfora y la metonimia en el discurso y la ideología de *Insularismo* de Antonio S. Pedreira", (*Revista del Ateneo Puertorriqueño*, Año II, Núm. 4, enero-abril, 1992, pp. 75-100).

4. Las citas que se ofrecen concernientes a esta obra de Pedreira son extraídas de la edición de la Editorial Edil (Río Piedras), 1971. Las mismas coinciden con la edición de *Insularismo* del Instituto de Cultura Puertorriqueña (San Juan), 1970.

sirve de "termómetro" para medir el avance de la cultura. El desarrollo literario alcanzado por la burguesía liberal del siglo XIX le parece suficiente muestra para medir a una cultura ya aceptablemente adelantada.

También se ha reconocido cómo, vista desde su contexto, *Insularismo* es una obra cuyas diversas voces directrices (capitán, hacendado y maestro) se aventuran por las rutas de nuevas razones y argumentos ideológicos y de subrepticias narrativas que ocultan mitos nacionales.⁵ A su parecer, algunos de estos mitos y narrativas han constituido una rémora al desarrollo nacional, mientras que otros, han proporcionado los alcances necesarios para el adelanto y el progreso. El ensayista destaca, sobre todo, las continuidades y rupturas que ya bien han alejado o han mantenido a la Isla cercana a la cultura española, y que permiten distinguir la nueva etapa de la modernidad que ya se habían comenzado a perfilar durante las primeras tres décadas bajo el auspicio del capital norteamericano. A partir del reconocimiento de procesos biológicos, simbólicos e históricos, según se concebían en su época, Pedreira se dispone a definir su particular posición de la situación presente de la cultura para luego avisar sobre el futuro desarrollo que en esa misma cultura divisaba.

Ya en otro trabajo también han sido ampliamente discutidos los desatinos y equívocos ideológicos de Pedreira. Allí se evaluó cómo en los tres primeros capítulos de la obra el hablante pedreriano considera la biología, la geografía y el alma e historia nacionales.⁶ Obedeciendo a postulados deterministas y reduccionistas de su época, destaca en esos capítulos los supuestos defectos y lastres heredados por el hombre isleño como consecuencia de la mezcla racial y del determinismo ambiental. De los defectos ocultos en el suelo y el cuerpo, insiste Pedreira, brotaron los malos hábitos y costumbres adquiridos a lo largo de tres décadas bajo la cultura colonial. Y tras llevarnos a los predios desolados, a los cuerpos enfermos y a las historias inacabadas (al garete), el discurso de Pedreira habrá de tomar un nuevo giro en el tercer capítulo ("El rumbo de la historia")⁷ al rendirle reconocimiento a la lucha realizada por los liberales isleños durante el siglo XIX. Su júbilo ante la hazaña de estos liberales se justifica no tanto por los avances políticos de estos liberales, sino por los adelantos patentemente alcanzados en las letras nacionales (el mito letrado).

5. Véase el trabajo citado en nota No. 3.

6. Véase el trabajo anteriormente citado.

7. Este ensayo de Pedreira puede ser dividido en tres partes. La primera cubre del capítulo inicial al capítulo tercero; la segunda comprende el capítulo tercero; la cuarta, los capítulos cuarto y quinto. En la primera parte se destacan las voces del capitán y el hacendado; aquél viene con su saber europeo, allende los mares; el segundo desembarca y descubre la biología y geografías enfermas de la nación. En la segunda parte se destaca la voz del hacendado que se interna en la casa nacional y en su biblioteca se transforma en un maestro que aprecia las letras nacionales (sobre este aspectos que reconocen el simbolismo de los espacios y sus agentes véase la obra citada de María Elena Rodríguez). En la tercera parte se destaca el maestro de estética, de ciencias y de finanzas, intermitentemente. Las voces del capitán y del hacendado permanecen esta vez en el fondo del discurso e intervienen en ocasiones. Esta tercera parte, como las anteriores, aparece llena de alegorías y narrativas subrepticias (el juego nacional del ajedrez, el miedo al mar) pero hay en esta ocasión mayor deliberación ensayística (propuesta de tesis prescriptivas) que en las anteriores partes.

Es precisamente en este punto de llegada del discurso de *Insularismo*, donde los estudiosos de las últimas décadas encuentran las ataduras ideológicas de Pedreira con la cultura hacendada, patriarcal y señorial, que diera marcha al proyecto decimonónico de búsqueda de identidad nacional. Localizan ahí también estos estudiosos, las simpatías de orden clasista de Pedreira con la cultura de las elites criollas de descendencia europea que se ocuparon de darle curso al discurso de identidad nacional durante la última mitad del siglo XIX. Y reconociendo que Pedreira mismo ve interrumpido este proceso por la invasión de 1898, dos preguntas cabe hacerse: (1) ¿cómo y con qué criterios, la voz magisterial, reconociendo la presencia de la cultura norteamericana, habrá de impartirle continuidad al discurso alcanzado por los liberales isleños del siglo XIX?; y (2) ¿cómo este maestro habrá de acomodarse dentro del nuevo ademán que impone la modernidad norteamericana, y que resulta un tanto diferente a los avances culturales ya alcanzados bajo la cultura española que tanto privilegia?

Prestemos particular atención a los dos capítulos finales para atender más a fondo estas interrogantes. En "Viejas y nuevas taras" y "La luz de la esperanza", el hablante de la obra relega a un segundo plano el relato del capitán y el hacendado, que domina la primera mitad del libro, para tornarse más ensayístico y enfrentarse con mayor deliberación al fenómeno de la modernidad. El hablante privilegiará esta vez una voz magisterial que no deja de aparecer asistida en ocasiones por el saber alcanzado por el capitán y el hacendado en los capítulos anteriores. Ya de manera más firme, ahora el hablante se esmera en destacar los modos y gestos de la cultura isleña del pasado que deben ser ya rechazados o conservados, además de ocuparse de distinguir los peligros de la modernidad civilizadora puesta ya en marcha desde el 1898. Finalmente esta voz se encargará de proponer las directrices que deben guiar a la juventud puertorriqueña en la búsqueda de "La luz de la esperanza" (título del último capítulo). En la sección final de este mismo capítulo ("Juventud, divino tesoro") intentará presentar los contornos del nuevo sujeto (sujeto imaginario) que habría de enfrentarse a los escollos de la nueva modernidad que, según Pedreira, se avecinaba, y que como sabemos, luego en el plano histórico habría de ser educado bajo el proyecto liberal muñocista (benitista más bien) en la Universidad de Puerto Rico.

Primeramente, cabe advertir que Pedreira no rechaza el orden económico impuesto por la modernidad norteamericana. Esto nos señala su plena conciencia de las implicaciones del modo de vida capitalista que conllevaba el proyecto de modernización nacional. A fines del capítulo III reconoce cómo el imperativo económico del momento no es sólo privativo de Puerto Rico, ni se debe a la presencia del capitalismo norteamericano en el suelo isleño, sino que se extiende más bien a la vida moderna (que él llama universal): "No achaquemos a ninguno las condiciones universales que en cada época han prevalecido; muchos de los cambios que se adjudican en nuestro país a los norteamericanos, no provienen precisamente de ellos, sino de la época que los impone igualitariamente en Australia, en España, en

Chile (...) Cada transformación provechosa, venga de donde venga, es ineludible y necesaria. Todo pueblo que quiera mantener la sanidad de sus pulmones tiene que respirar aires de afuera" (96). Mas conviene advertir aquí que si bien Pedreira aspira a alcanzar, gracias al capitalismo, el cuerpo saludable y robusto de la modernidad norteamericana (de ahí el constante empleo de metáforas médicas y fisiológicas), también se dispone a obtener lo que llama una "fisonomía moral" (97), para así equilibrar la fusión del cuerpo y el espíritu (la moralidad). Al respecto nos dice: "Termino llamando la atención hacia la necesidad de recoger, en apretado haz, las coincidencias vitales que integran el esqueleto de nuestra contextura moral. Para el fomento de la más pura ética, por la naturaleza de nuestro pueblo, el camino más corto es el de la estética" (97). De esa manera, ciencia (el cuerpo) y arte (la espiritualidad) se complementan (criterio este muy propio de la modernidad ilustrada heredada del proyecto liberal decomonónico). En la creación del sujeto moderno, la ciencia se ocuparía del cuerpo saludable, y la estética y la ética, de la mente ilustrada, para alcanzar un "clima moral" y una "atmósfera ideológica" (142) diferentes. Adviértase, en estos ademanes retóricos del discurso, la aleación de signos de diversos campos semánticos: los del positivismo científico, por una parte, y los de la ética y la estética románticas, por otra. Metáforas como "clima" y "atmósfera" apuntan al deseo de alcanzar la salubridad moral y cultural que no se había tenido plenamente en las letras de la cultura señorial decimonónica. En el presente, a entender del autor, la atmósfera y el clima de la cultura se encuentran algo contaminados por el proceder poco cultural y ampliamente materialista del invasor. Mas si Pedreira rechaza el materialismo norteamericano, ¿quién en la hacienda nacional se encargará de la materia (del capital)?

Con esta interrogante sobre los agentes de poder en la hacienda nacional, véase que la voz magisterial, en el capítulo IV, observa lo que llama el tablero de ajedrez de la situación nacional. Bajo esa metáfora deportiva denuncia como mayores males del "clima" que ofrece la nueva modernidad: el temor y la hurañez del pueblo ante servidores públicos que los representa frente el gobierno; el desconocimiento de los valores primordiales, lo que impide al pueblo ingresar en la democracia liberal de la modernidad; y la abundancia de peones (el trabajador-masa) sobre el "tablero de ajedrez" del espacio social nacional. Para Pedreira, y siguiendo en esto el "miedo" a las masas orteguiano, este peonaje que no logra ingresar efectivamente en el juego (aristocrático, por cierto), no solo proviene de la clase trabajadora y proletaria, sino también del cuerpo diplomado, fabril y campero del mundo moderno. Se trata de agentes, que independientemente de su posición social y de su clase, por su mentalidad y sicología, ocupan para Pedreira el nivel de inferior poder en el tablero. Y para superar el peonaje característico de una "juventud domesticada", y reaccionando también a la presencia del profesional ("señorito") adiestrado e instruido por la sociedad burocrático-capitalista de la modernidad, reclama una educación que pueda crear un maestro de vocación y no de profesión. Este es el maestro que debe dedicarse a continuar el fortalecimiento de la cultura señorial de

corte decimonónico y que debe enfrentarse al empuje civilizador y materialista de la burocrática modernidad angloamericana. Mas los ineptos profesionales y tecnócratas que prepara el mundo moderno no resultan en los únicos obstáculos para, según Pedreira, crear una mejor sociedad. No debemos pasar por alto al Pedreira que, como buen seguidor de los prejuicios del simbólico (positivista) androcéntrico de su época, lamenta el que en la nueva sociedad la educación haya sido acaparada por la mujer, quien “por temperamento, es más blanda y menos agresiva que el hombre y no ha podido todavía independizarse de la frivolidad” (108). A su entender la mujer ha sido arrastrada por la politiquería propagandística y filtreadora de la nueva modernidad. De ahí que la voz del positivista médico le pida a las mujeres (como intelectuales): “penetrar en el riñón del pueblo y en el corazón de la isla” (111). Otros agentes, ya algo distinguibles en esa nueva sociedad, y que junto las mujeres provocan gran malestar al no tan moderno Pedreira, son “esa tupida cantidad de afeminados, insufribles hasta la vulgaridad” (169). Si bien nuestro ensayista es algo diestro en reconocer el surgimiento de nuevos agentes y las relaciones de poder en la modernidad, no es tan ágil en entender las expresiones genéricas que cobran mayor visibilidad y pertinencia en esa misma sociedad. Mas téngase en cuenta que un reconocimiento menos alienado y traumático ante la sexualidad en sus diversas facetas diferenciadoras, en general, no se alcanzará hasta la escritura de la década del 70.

Y ya bien reconocida la necesidad de cuidarse de conductas y estilos de ciertos agentes “perturbadores” de los nuevos tiempos (como los tecnócratas, los falsos maestros, los politiqueros, las mujeres, los homosexuales), Pedreira destaca que, ante la ignorancia e incapacidad del peonaje y de los tecnócratas, se justifica la misión de un maestro. Mas este agente magisterial debe ser a la vez científico y poético (“riñón”/“corazón”) y capaz de superar “la educación escolástica” que sólo lleva al retoricismo característico de los polítics modernos. De esta última crítica se desprende su denuncia al mucho hablar y al poco actuar del “rudimentario” puertorriqueño. Oportuno le parece en este reparo, citar de *El Cid* lo siguiente: “Lengua sin manos, ¿cómo osas hablar” (112). Y para dramatizar su pedido de mayor participación en el tablero de ajedrez, cita, además, de la obra de Tirso de Molina: “Vizcaíno es el hierro que os encargo:/ corto en palabras, pero en obras largo” (112). Adviértase el empleo, por parte de la voz magisterial, de modelos clásicos, para justipreciar lo que le parecen conductas rezagadas del puertorriqueño “común”, y que continúan afectando adversamente en su presente. Y como respuesta a la inacción y al retoricismo terminará proponiendo esta voz: “que el problema más serio que tenemos es el del hombre, el de la formación de un nuevo tipo de puertorriqueño que sepa hacer y medir la realidad con nuevos bríos, sin azucaramientos ni confusiones, pero con visión generosa y acertada” (111). De lo que se trata es, pues, del reclamo de un voluntarismo ético que sólo podría ser realizado por el sujeto masculino y erudito, de cuerpo saludable (que viene de allende del mar) y de conciencia europea, que (siguiendo al capitán) sin ser temeroso del

afuera (del mar) se aventure en la búsqueda del espíritu nacional (como el poeta-hacendado del siglo XIX, de herencia clásica). Pero además de la necesidad de rehabilitar el carácter y la psicología del ser imaginario nacional por medio de una educación liberal de corte europeo, se requiere la adquisición de un pecunio nacional, como se verá adelante.

Uno de los mayores lastres de ese nuevo hombre puertorriqueño, afirma Pedreira mediante sus acostumbradas imágenes, es el temor a ser atrapado por "el holandés". Esto lleva a que "el cinturón de mar" vaya cerrándolo cada vez más al "espectáculo universal" y lo mantenga "Regido(s) por un continuo compás de espera", permaneciendo "en actitud interrogante, sin encontrar la orientación definitiva sobre la cual plasmar (sus) aspiraciones" (130). Pero el pedido de superación posee doble perfil. Si bien Pedreira reclama una modernidad en la que no se le tema a las afueras, también exige que, sin ser puente donde todos pasen por encima, se vaya a la par con la ampliación del ser interno: "Capacidad comprensiva, —nos afirma— dilatación, ensanche, urbanización mental que nos obligue a abandonar la cripta de nuestra postración político-económica" (131). Tales son, a su entender, precisamente las actitudes que nos podrían llevar a perder el miedo y a regresar airoso nuevamente al mar (es decir, a las afueras): "¡Puede que alguien regrese un día con las redes llenas!". (131). Véase, pues, que se trata, además, de crear un sujeto moderno con una nueva sique, apta para superar la supuesta cobardía (femineidad) heredada del pasado, con una nueva noción (masculina) de desplazamiento espacial y temporal (la del capitán español del pasado), y una distinta ideología y discurso (los del maestro nacional).

En la consideración del pasado nacional, el Grito de Lares fue para el hablante magisterial: "una inyección de glóbulos rojos que fortaleció la circulación del civismo patrio" (145). Este y otros acontecimientos del pasado le llevan a buscar las "raíces del Ser puertorriqueño en la médula de nuestra expresión" (148), manifiestas en las costumbres más típicas de la cultura, como el montar, el bailar, el hablar y el cantar. Importa aquí destacar el cruce entre las valoraciones ontológicas (las del Ser) y los signos de la ciencia médica (como "médula") que esta voz establece. Y es precisamente mediante esa labor clínica de encontrar los males del alma, que el maestro-médico se propone "ver dentro del oculto espectáculo del alma colectiva" (149). Mas junto a esta óptica médica, el maestro también retendrá el lenguaje del patriarca de la hacienda con su saber agreste, al pedir que: "Bajemos de la copa a las raíces y observemos el proceso de ósmosis que da sentido a aclara nuestra personalidad" (149). No olvidemos que aquí se filtra la voz de mentalidad hacendada, unida ya a la del maestro de ciencias. Ante la debilidad del cuerpo puertorriqueño, esta voz admira, como se señaló antes, la fortaleza del cuerpo norteamericano: "Pueblo deportivo, —nos afirma— motriz y fuerte, necesitaba un ejercicio coreográfico en consonancia con su constitución atlética, su capacidad gimnástica y su higiénico alpinismo" (153). Adviértase en este comentario la subrepticia aceptación del mito del cuerpo saludable que propone la modernidad del Norte.

Para el hablante de Pedreira el problema estriba en alcanzar ese cuerpo saludable a la vez que se cultiva una mentalidad y espiritualidad con las que se pueda continuar la tradición ya desplegada en el siglo XIX bajo la "perenne" cultura española.

Para el magistral médico interesado en el cuerpo saludable, todo el simbolismo de las costumbres del pueblo suman el ademán y las "hormonas" de la cultura de su época. Algunas de estas "hormonas" —nos señala— "han perdido su vieja carga de energías y otras se encuentran en estado de perturbación" (160). Se trata de una disputa biológica que, traducida en signos de la modernidad, se expresa en diversos órdenes culturales: "catolicismo y protestantismo, la danza y el "fox-trot", el inglés y el español, los tres reyes y Santa Claus, la parranda y el party, en suma: Europa y Norteamérica" (160). Y abundando en los males culturales, según quedan manifiestos mediante la metáfora médica, la voz de esta parte del texto nos señala cómo la "aguja vital ha oscilado siempre entre dos puntos extramurales: Madrid y Washinton. A esa distancia nos han tomado el pulso; de allá nos ha venido el recetario" (129). El ser nacional se encuentra, en ese sentido, en una transubstanciación y transeúnte, como una cultura "que no pudo gozar de la plenitud de su desarrollo, (y) se encuentra hoy averiada por la transformación a que la somete el proceso químico de una nueva cultura" (160). Mas esta voz no deja de asumir una posición pragmática, pues pese a reconocer la avería cultural, no rechaza la química que impone la modernidad norteamericana, luego de que se retenga la identidad nacional: "Teléfono, eslabón pasivo, laboratorio de experimentación, policías del tráfico panamericano: —nos afirma— habrá que aceptarlo si no reaccionamos, pero a cambio de respetar nuestras propias inclinaciones, sin contrariar la libre y natural emergencia del boricuismo, que a la larga será nuestra contribución autóctona a la cultura" (131). El lector de nuestra época podrá reconocer la cercanía de estas palabras a lo que más adelante habrá de ser el discurso liberal muñocista. El encuentro de dos vertientes de orden contrario no lleva a Pedreira a la disyuntiva ni a la agonía; más bien se posa frente a ellas con un sentido armonizador propio del liberalismo y el reformismo que caracterizaría al pensamiento autonomista más adelante. Muy difícil se le hacía al intelectual liberal de los treinta, romper con la ontología temporal ya iniciada por las significaciones de la cultura española; éste pretende sólo asimilar la corporeidad de una nueva óptica espacial norteamericana.

Mas si bien Pedreira acepta muchos aspectos de la modernidad, otros los rechaza. Su voz magisterial, tan conocedora de la moderna ciencia, pretende, por ejemplo, retener la conciencia elitista del hacendado señorial al rechazar aspectos del voto electoral del mundo moderno: "ese voto electoral tiende a convertir a los políticos en simples cosecheros de votos" (104). También deplora la pérdida del "libre albedrío" del hombre que "vive una vida ciudadana predestinada en su esencia" (105) y repudia la retórica malsana de los políticos que constantemente viajan a Washinton. Igualmente rechaza la abogacía "perifrásica que atrae enormemente el interés de la juventud" (119) y que funciona a base de "tecnicismos". Rechaza, además, de ese mundo moderno, lo que llama la "vida anémica" (118), la Crónica

social, el “dorar la píldora”, el “Interview”, el “statement” (120), el mundo comercial del crédito, que le llama: vivir a plazos (121), “y a la mujer que fuma, que bebe, que camina y que corre (...) como la “moderna” (121). Sobre todo, no acepta a los de la palabra prostituida “patria”, que la consideran un “sport” (122) mientras que la debían asimilar como un sentir vital. Ante estas malsanas modalidades de la nueva modernidad, el maestro de pasado hacendado patriarcal no vacila en imponer una medida disciplinaria: “Un buen tapaboca colectivo —nos dice— nos sacará a la patria de los labios y entonces puede ser que le busquemos asilo en nuestro corazón” (122). Estas simples citas son muestra de cómo Pedreira sostiene una actitud arrogante que le interpela desde el pasado señorial y que no le permite asimilar muchas de las nuevas conductas que propone la modernidad norteamericana. Sin embargo, y paradójicamente, a esa modernidad le reconoce una salubridad física y un adelanto civilizador que, en el fondo, sabe que debe retener.

Tras advertir los nuevos asedios que ofrece el mundo moderno, el mismo Pedreira reconoce en su último capítulo que “Somos una generación fronteriza, batida entre el final y un comienzo, sin saber a dónde dirigir las requisiciones necesarias para rehabilitar nuestra responsabilidad” (164). En esa posible rehabilitación del cuerpo y la mente, el maestro, manteniendo su óptica del pasado señorial, recomienda “aliviar nuestra jaqueca brava” (102), alertar a “Los expertos (que) han creído que nuestro mal se cura con la untura emoliente de las estadísticas y los nativos con el jarabe de la emoción patriótica” (102), curar “las cicatrices de la experiencia” (102), y diagnosticar la “isla diabética” (111). Mas estas recomendaciones deben ser vistas junto a los peculiares dobleces del discurso de Pedreira. Como hemos visto, la metáfora modernista que culmina la obra, “Juventud divino tesoro”, muestra la intención de ubicarse en el sitio de la estética. Pero también habría que tener presente que más allá del campo del arte, como muestran los ejemplos que se acaban de señalar, el hablante de la obra también desea ampararse, y ya a nivel de la estructura profunda, en el campo más pragmático de la ciencia moderna. No se olvide que si bien la poética le viene como aportación del pasado nacional decimonónico, la ciencia se muestra como patrimonio de la civilización norteamericana del siglo XX. Por ello que más allá de la obvia defensa de la retención de la poética cultural de antaño se debe también el placer que provoca la metáfora clínica y médica que delata los profundos deseos del autor por una modernidad de corte científico y moderno. Es esta convergencia la que explica el constante empleo de metáforas fisiológicas y médicas entrecruzadas con la poética y la estética milenarias que ofrece el pasado señorial y español.

Pero el mundo de la modernidad que ofrece la ciencia y la civilización norteamericana también se muestra lleno de escollos. En la última sección del capítulo final la voz magisterial reconoce que en su época (1934) se ha regresado al mar, al que inicialmente se le temiera (“Nos coge el holandés”), pero esta vez, en el siglo XX, se trata de “la alta mar de desconfianza”, del “sálvese quien pueda”, “entre dos fuegos”; más con la diferencia de que ahora se está al “cuidado de un

padraastro rico y emprendedor” (164). En este momento de la posible amenaza del “padraastro rico” (entiéndase Estados Unidos), y “huérfanos de la madre histórica” (164), se torna más imperativa en Puerto Rico, la búsqueda de un maestro juvenil de visión nacional preclara, que no confunda “a los directores de pueblo con los empresarios de la opinión pública” que navegan en el mundo moderno (167). Véase cómo en estos capítulos se continúa empleando las metáforas marítimas (pues están inspiradas en la misión del capitán que en el pasado guiara la nave nacional), pero ahora aplicadas al quehacer del mundo moderno que acosa al sujeto nacional y que el autor ve con tanta ironía. Y cabe decir con ironía, pues si bien Pedreira se anima a rechazar al “padre rico y emprendedor”, no niega la necesidad de que el nuevo y emprendedor maestro se ocupe de las finanzas nacionales (las que sustituyen la hacienda agrícola por la hacienda del pecunio nacional). Este tránsito (nada traumático) de una hacienda a otra, y de un hablante que con los pies puestos en el territorio regresa a la metáfora del mar como lugar común de la incertidumbre que brinda la travesía por la modernidad, queda grabado por signos, que si antes fueron extraídos de la biología, ahora son obtenidos del mundo del comercio y las finanzas. De esa manera lo vemos cuando se nos dice: “Si en esta época no podemos decir todavía que nuestra *herencia hispánica* se encuentra en *quiebra*, por lo menos podemos afirmar que en algunos *negocios espirituales* se ha declarado en *suspensión de pagos*” (164; énfasis suplido). Estos signos nos llevan a reconocer que más allá del poético pasado nacional, que se pretende retener, se vislumbra el mundo pragmático del comercio y del capital que podría ofrecer cierta seguridad a la incertidumbre que ofrece el futuro nacional. Pero ello es articulado mediante sugerencias sumamente profundas y subliminales.

El hablante de Pedreira acude, en esta proyección de su discurso, más a metáforas que se refieren a retener el caudal recaudado en el pasado y al que se podría encontrar en el futuro, pues se trata de salvar un pecunio nacional que es inicialmente de carácter espiritual. Así se nos revela cuando afirma: “Somos propietarios de un buen número de sacrificios” (164) que no se deben abandonar. “Volver atrás es inútil” (165)—nos dice—, “es baldío ir hacia el porvenir renegando de *nuestra herencia*” (165). Como indicamos: “Si en esta época no podemos decir que todavía nuestra *herencia hispánica* se encuentra en quiebra, por lo menos podemos afirmar que en algunos *comercios espirituales* se ha declarado en *suspensión de pagos*” (166; énfasis suplido). Si bien no se hace referencia aquí a una herencia de claro corte económico, pues se trata más bien de una herencia cultural y espiritual, cabe señalar que este lenguaje figurado resulta en trasunto de un inconsciente deseo de contar con el capital necesario para el desempeño de la nación puertorriqueña en el mundo moderno dominado por el “padraastro rico”.

Se entiende así que las construcciones metafóricas del hablante pedreriano proyecten el deseo de situarse en un espacio de obtención y ganancia de lo material. Al respecto, el maestro de finanzas que ocupa ahora el texto, nos afirma constantemente a través de todo el texto: “Los hombres del 98 (...) descuidaron

entonces del balance que era indispensable antes de hacer un nuevo presupuesto de ilusiones" (166). "Para imponer a nuestro pueblo joven mayores *contribuciones espirituales* —continúa señalando— es fuerza hacer primero una *nueva tasación de hombres*" (167). "Tenemos que desamparar esa cosa espuria que han dado en llamar patriotismo y que anda de mano en mano como *manfla de alquiler*" (167). "La nueva generación no podrá hacer valer la autoridad (...) en tanto no abandone sus *menudencias subalternas* ... (168). "Tiempo habrá de estar triste cuando se empiecen a pagar las *contribuciones*" (17). "A nuestra condición de *consumidores* hay que aparejar la de *productores*" (175). "Si queréis ser leales con vosotros mismos y leales con las demandas del momento en que vivimos tenéis que maniobrar por todos los caminos de la historia y cifrar con esmero vuestra conducta, para que algún día caiga satisfecha en sus anales. De lo contrario seréis siempre una juventud cronológica, cargando sin remedio vuestras *arcas vacías*". "Atended al *divino tesoro*, pues el título más alto se puede convertir en mote" (175-76; énfasis suplido).

Bien podíamos decir, pues, que estas citas nos comunican que tras el proyecto idealista, espiritual y arieliano de Pedreira, en cuanto a la búsqueda de una identidad nacional y de valores espirituales, se localizan deseos subliminales de encuentro de lo material, de la moneda, del pecunio nacional. Y si bien el pecunio no se puede encontrar todavía en el plano de la praxis histórica o en la deliberación racional que presenta el texto, sí se obtiene en el lenguaje, en el deseo que se revela a través de la metáfora. Se trata, después de todo, de la necesidad de localizar en algún puerto del viaje por los mares de la incierta modernidad, una hacienda moderna que colinde con la antigua casa del hacendado (con la del mito decimonónico). Esto significa que se requiere construir una nueva hacienda pública, en la cual la emergente generación de puertorriqueños pueda planificar y acuñar las riquezas de un pecunio nacional tal vez no tan figurado y metafórico como el del siglo XIX. En este sentido, se puede afirmar que el discurso mismo que expone Pedreira tiende a subvertir sus pretensiones originales. Si bien con su discurso el hablante general de la obra pretende inicialmente arribar y refugiarse en un espacio esencialista de identidad nacional (que se encuentra en lo agrario), y que no exponga al naufragio, también se siente impulsado a lanzarse a navegar por el lenguaje financiero de la sociedad civilizadora y material a que inicialmente le teme.

Luis Felipe Díaz
Universidad de Puerto Rico